

A close-up photograph of a woman's face. She has striking green eyes and is looking directly at the camera. Her hands are raised to her mouth, with her fingers covering her lips, suggesting a sense of secrecy or shock. The lighting is dramatic, highlighting the texture of her skin and the intensity of her gaze.

Daniela Sanguinetti

LO QUE  
**CALLA**  
**LA NOCHE**

EDITORIAL DUNKEN

**DANIELA SANGUINETTI**

**LO QUE CALLA LA NOCHE**

Cuando el silencio y la soledad abrazan,  
los fantasmas comienzan a hablarnos  
desde las profundidades secretas  
de nuestra vulnerable humanidad...

## I

La noche se entrelaza con el lúgubre silencio y la tristeza de aquella casa que jamás será la misma. Todo parece haber quedado suspendido en el tiempo. Nadie se atreve a nombrarla ni a cuestionar la crueldad del destino. El afán por encontrar al culpable se congeló junto con las emociones y las lágrimas que la familia Esquivel no se permite soltar.

El pasillo largo del primer piso de la casa se desdibuja entre las penumbras. Los listones del añejo parqué se salpican, apenas, con una luz titubeante proveniente de las velas encendidas que hay sobre un antiguo mueble de madera oscura. Éste se irgue, frente a las escaleras, como un santuario, engalanado por una mantilla blanca bordada en macramé, decorado con pequeños jarrones, flores y estatuillas religiosas. Aquel altar, que custodia su dulce semblante y su angelical belleza veinteañera, es el único que parece recordarla.

Los pabilos ardientes custodian y bañan con su amarillento serpenteo el retrato y le dan a sus ojos verdes la inquietante apariencia del que aguarda agazapado en el silencio. Es Cecilia. La fotografía plasma la tersura que dan los veinte años. Sólo se ve su rostro. Tiene una hermosa sonrisa pero, en sus ojos, se esconde una encantadora

melancolía. Es una mirada triste que parece perderse en el sendero que comunica las habitaciones. En la primera de ellas, rodeados de un estilo conservador y formal, entre la pulcritud y el hastío, sus padres, Carmen y Alfredo, duermen plácidamente, sin sentir ni la distancia ni el frío que hay en aquel lecho conyugal que nunca ardió entre arrebatos pasionales.

La segunda habitación está vacía. Es la suya. Permanece inalterable, tal cual la dejó, con su decoración femenina y delicada. La cama tendida con su acolchado claro estampado con pequeñas flores, el placard con su ropa, su escritorio y sus libros. La cómoda blanca cargada de frascos de perfumes; algunos pequeños estuches en donde solía guardar sus aros y pulseras y, más allá, tres portarretratos que enmarcan sus fotografías favoritas. En una de ellas, adolescente y hermosa, sentada en la arena, mirando al mar. Otra, de cuando era muy pequeñita, jugando en el jardín rodeada de flores y, en la tercera, sólo su rostro y el de su hermano mayor. Ambos sonrientes y felices...

Todo ha quedado intacto, impoluto, intocable. Sólo la felicidad y las sonrisas parecen haberse marchado con ella.

A unos metros, justo al final del pasillo, está la tercera habitación, sobria y sencilla. En ella su hermano Ulises, quien fuera su mayor debilidad, duerme.

El resplandor amarillento, proveniente del pasillo, se cuele por la puerta abierta y es suficiente para descubrir el brillo del sudor que le inunda la frente. Está en su cama, enredado entre las sábanas y dormido boca arriba. Los ojos cerrados que se le agitan de un lado al otro dentro de sus parpados, como si rebotaran en las cuencas de sus ojos. Su cabeza parece imitar ese movimiento, negando con sufrimiento lo macabro de su sueño.

En su mente, la noche lo envuelve. Su figura se agazapa entre las sombras de una calle desierta. Él tiene la postura sigilosa de un tigre dispuesto a atacar. Ve a una joven caminar desprevenida, con su andar sereno y femenino. La observa desde la distancia. El corazón de Ulises es un tropel desbocado. Su respiración acelerada parece acompasarse a ese sonido fuerte, rítmico y constante. Su sádico deseo lo invade. Sus pupilas salvajes se pierden ávidas en las curvas de ese cuerpo joven que lo invita a saciar su sed criminal. Saborea en sus labios la sal de su propio sudor y ese sabor incrementa sus ganas. Ella, desprevenida del peligro, se pasa la mano por su pelo ensortijado y sus dedos finos atrapan algunos mechones para luego dejarlos caer, sensuales, sobre sus hombros descubiertos. Lleva puesto un vestido entallado que delinea sus formas. Una tela clara y con pequeñas flores estampadas se amolda a lo cóncavo de su cintura y a la redondez perfecta de su pecho y de sus glúteos. Ulises la recorre entera con sus pupilas lascivas. Siente el ardor en sus entrañas de aquella invitación al pecado. El sonido de los tacos en la acera lo llaman, lo empujan a atacar y ya no puede resistir el impulso de poseerla.

La calle, desierta e inmóvil, parece aguardar expectante, adivinando lo que está por suceder. Las hojas de los árboles se han quedado paralizadas; los grillos han cesado su canto y se obligan al silencio. Las sombras siniestras se regocijan, se refriegan las manos puntiagudas con pagano placer e incitan al delito. Ulises resurge lentamente de entre ellas y, con un zarpazo feroz, extiende su mano y logra atraparla, atacándola por la espalda. La sujeta con fuerza de sus cabellos. Ella lanza un grito ahogado que se pierde en el terror y el desconcierto. La joven trata, inútilmente, de librarse de su atacante. Su cuerpo frágil y diminuto intenta dar pelea, pero él es demasiado fuerte. Forcejea unos instantes y finalmente la tumba al suelo. Con lo pesado de su cuerpo atrapando su fragilidad, logra girarla de un sólo movimiento. Le

sujeta las muñecas impidiendo que ella pueda usar sus uñas como arma. Uno de sus pechos, rosado, joven y turgente, asoma por la tela desgarrada de su vestido y parece señalarlo. Ella mira directo a los ojos hambrientos de su despiadado verdugo y el pavor, que hasta hace un segundo se adueñaba de todo su ser, desaparece por completo. Su resistencia cesa de inmediato. Lo mira con desconcierto y un gesto de dolor le inunda su semblante. Lo reconoce. Y eso le duele en el alma más que cualquier otra cosa.

Él es capaz de percibir el desprecio recriminante que, entre lágrimas, aflora de del verdor de los ojos de su víctima. Ulises cierra los suyos con fuerza para no dejarse convencer. Acobijado por la complicidad de una calle desierta, la sujeta con las manos a ambos lados de la cabeza y descarga su furia hacia ella, golpeándola, salvajemente contra el asfalto, una y otra vez. El sonido seco que hacen los huesos al romperse enmudecen los gritos de Cecilia.

Ulises despierta agitado, con la respiración alterada y sus ojos desorbitados. Asustado y con el corazón a punto de salirse de su pecho, su torso se despega súbitamente y se incorpora en la cama. Manotea, a tientas, la lámpara que está a su lado en la mesita de noche y logra encenderla. Examina a su alrededor, preso del pánico. Sus ojos rebotan de un lado al otro de la habitación y comprueba, aliviado, que está a salvo en su casa.

—¡Sólo fue un sueño...! —se tranquiliza, inútilmente, a sí mismo. Contempla el reloj digital que hay junto a la lámpara. Marca las 2:15 am.

Alterado y bañado en sudor, aparta de un tirón las sábanas húmedas de su cuerpo y se sienta en el borde de la cama. Vuelve a chequear todo a su alrededor. Su pecho se expande y se ahueca al ritmo de su compulsiva respiración. Aún no es capaz

de abandonar el estupor que le produjo su terrible sueño. Pasa una de sus manos por su cabello y arrastra con ella las gotas de sudor que inundan su frente. Lentamente gira su cabeza y sus ojos, llenos de lágrimas se clavan en la fotografía que hay en su escritorio, junto a una pila de libros. En ella resaltan la juventud y las sonrisas de Ulises y Cecilia, con sus mejillas pegadas, aunados en un abrazo. El amor fraternal se lee en la mirada de ambos.

El recuerdo de aquel momento apuñala el corazón aturdido de Ulises que cubre sus ojos con sus manos y llora entre el dolor y el espanto.